

Notas / Notes

Los ojos de la emperatriz: la construcción del otro en *Apuntes de viaje*, de Isabel Pesado de Mier

Félix Joaquín Galván-Díaz

Harvard University

En el siglo XVIII, cuando el sistema colonial europeo se encontró en su auge y el poder acumulado por la creciente burguesía le permitió un lugar privilegiado en los sistemas culturales de la época, se consolidó la figura del viajero, según la tradición de Daniel Defoe: un sujeto europeo masculino, metropolitano, instruido, en muchas ocasiones laico y naturalista (Pratt 2010, 68-69).¹ El relato de viajes pronto se convirtió en una herramienta para generar conocimiento, es decir, un objeto discursivo capaz de organizar el mundo. Esta forma se distinguía por colocar el referente—también llamado “lo viajado”—mediante mecanismos de descripción, dentro del régimen de verdad predominante, el del viajero (Araújo 2008, 1010). En este sentido, el relato de viaje se adueña de la deixis mediante el acto de traducir, la imagen que deleita al *voyeur* se adapta a la episteme particular del observador (España Paredes 2011, 113; Ette 2001, 28), la cual la significa dentro de lo conocido; lo nuevo viene a ocupar un lugar al interior de la razón europea

¹ El autor agradece a Mariana Martínez Fortuno su apoyo con la lectura y corrección de la versión final de este texto. Se debe observar que la consolidación del relato de viajes y la figura del viajero coinciden con el afianzamiento de la forma novela, en general, y de la novela de viajes, en particular, como una manifestación cultural propia de la burguesía que servía para divulgar sus imaginarios y proponer realidades que se llevarían a cabo como parte del proyecto de la modernidad global, de acuerdo con las investigaciones de Mariano Siskind (2016).

metropolitana, al separarlo de su esquema axiológico de origen. La percepción del otro se empata con el conocimiento previo, se desvanece la alteridad porque se da por hecho el sentido atribuido según la amalgama de lo percibido con lo sabido, lo que deviene en la solidificación de imaginarios que suelen provenir de las hegemonías.² De esta suerte, el género se concibe como una “puesta en escena del saber” (Ette 2001, 12), al tiempo que exhibe los denominados *ojos imperiales* de éste, según Mary Louise Pratt (2010).

Pareciera que este aparato sólo aplica a los relatos de viaje producidos por europeos sobre los espacios coloniales que desean incluir en la historia teleológica occidental, guiados por el ánimo de la violencia modernizadora. Sin embargo, considero que obras como *Apuntes de viaje* (1910), de Isabel Pesado de Mier (1832-1913), permiten ampliar el panorama y reconocer *ojos imperiales* latinoamericanos que contribuyeron con las dinámicas de otredad en la zona de contacto. El texto de más de quinientas páginas relata las peripecias de tres personas, Isabel Pesado de Mier, Antonio de Mier y Celis y Carmen Pesado, en un recorrido por Europa y Estados Unidos que duró poco más de un año.³ El libro fue publicado treinta años después de su escritura, lo que delata una narrativa íntima, de carácter confesional que después se llevó al espacio público. El motivo de la travesía fue la salud—reparar los males que aquejaban a la señora Pesado tras la pérdida repentina de un hijo, a los pocos días de nacido, luego para brindar vigor a un enfermo señor Mier por medio de una serie de baños en el viejo continente. Si bien se ha argumentado que la literatura de viajes muestra un ánimo colonizador, propio de la agenda burguesa radicada en el noreste de Europa para legitimar su autoridad y su afán para modernizar y poblar el espacio (Pratt 2010, 35)—lo que se ejemplifica, por ejemplo, en restar valor a las formas de vida de los campesinos—pienso que los *Apuntes de viaje* corresponden al ojo imperial de una forma de ciudadanía cultural que trasciende las fronteras continentales. Intuyo que ésta puede equipararse con el proyecto de los capitalistas, pues el conglomerado que controlaba el mercado y se enriquecía mediante la explotación de un fructífero y desigual sistema económico, muestra “un proyecto histórico y político-estratégico [vigente hasta nuestros días] basado en ciertos valores culturales, un proyecto que expresa intereses concretos y prácticas políticas y sociales” (Schmidt-Welle 2011b, 54). La señora Pesado de Mier acumuló, junto con su marido—fundador y primer director del Banco Nacional de

² Esto debido a las imágenes que despliegan a sus lectores, las cuales se convierten en modelos de comprensión asignados a un cronotopos específico (Ette 2001, 15).

³ El viaje transcurrió entre 1870 y 1872, con una pausa en 1871, durante la cual la pareja Pesado y Mier se instaló en una casa de campo en Tacuba, zona que en aquellos días se consideraba parte de las afueras de la Ciudad de México. Posteriormente, la pareja se instaló en París al concluir el viaje, donde ambos residieron hasta el final de sus días.

México (Banamex), hoy perteneciente al grupo City—una de las fortunas más prominentes del siglo XIX, que a la fecha aún tiene recursos, administrados por la Fundación Mier y Pesado. Asimismo, se desarrolló en los ambientes más exclusivos de las élites nacionales e internacionales (Revuelta González 2001).

Por ende, la escritura de Pesado, más allá de presentar “les impressions d’une voyageuse farouchement attachée au catholicisme, à la cruisée du positivisme et du romantisme” (Mohssine 2014, 282), encarna los códigos ideológicos con los que los amos del capital veían el mundo. Así, considero posible adjudicar una visión imperial a una mujer latinoamericana durante su tránsito en Europa, pues, por un lado, el grueso de la ciudadanía cultural del capitalista, si bien es de centro europeizante, no se compone en su totalidad por europeos, por otro, en la Europa rural y no católica hay contextos específicos que aletargan el plan capitalista al que se asocia esta mujer mexicana, católica y conservadora. Sus narraciones de viaje se erigen como la parte menos leída de su obra, en contraste con su poesía; no obstante, la exégesis no debe someterse a un ánimo de rescate que se limite a divulgar su escritura y encontrar virtudes casi por la fuerza, sino que tiene que responder a examinar un discurso literario que, en su base, no muestra señal de ninguna resistencia—se percibe cómplice de las estructuras predominantes—para desactivar los sistemas epistemológicos y hermenéuticos que sostienen al poder, de acuerdo con los postulados de Asensi Pérez (2011). En este ensayo, entonces, me interesa identificar a quiénes la autora trata como *el otro*, siempre en una ineludible verticalidad incluso reconocible en el trato a los de su clase. De esta suerte, exploraré cómo los caracteriza, con el fin de distinguir las directrices de los ojos de la *emperatriz*, afiliada a las dinámicas de la ciudadanía cultural de los capitalistas.⁴

Mirar por un velo: generalidades de la alteridad en los Apuntes de viaje

Nara Araujo propone que hay dos condiciones específicas para la literatura de viajes femenina. En primer lugar, se le atribuye una retórica de la minusvalía evidente en sus prólogos. Como en el caso de las hermanas Larráinzar, las viajeras se distinguen de su contraparte masculina por la seguridad del sitio de enunciación, establecen una negociación con la autoridad que les permite decir siempre que su voz se encuentre supeditada a las dinámicas heteronormadas, y su rol en el espacio

⁴ Utilizo los *ojos de la emperatriz* y *la emperatriz* como un recurso a la obra de Mary Louise Pratt, quien habla de una visión motivada por el imperialismo europeo al representar los lugares a los que viajan. Creo que Isabel Pesado podría filiarse a una visión similar, aunque motivada por la ciudadanía cultural del capitalista, en la que el *imperio* ya no se ve representado por las grandes potencias coloniales, sino por la lógica de los recursos económicos mediante los cuales se instaura un *nuevo imperio*. De ahí el mote irónico de *emperatriz* y *ojos imperiales*, asociados a la escritora mexicana.

público respete la institución patriarcal.⁵ En segundo lugar, su discurso se legitima mediante el uso de datos duros y el registro de medidas, la cuantificación deviene en una técnica para eludir el (pre)juicio hacia la subjetividad femenina (Araújo 2008, 1015-1016). El segundo factor se halla en la escritura de Pesado, en las interminables listas que aletargan el trayecto por cada ciudad nueva, en el conteo de habitantes, teatros, museos, iglesias; el primero pareciera ausente. La falta puede explicarse, ya sea por el carácter privado del libro (Araújo 2008, 1020), pues no se exigía una *captatio*, ya que las dinámicas de recepción estaban restringidas al espacio familiar-doméstico; el sitio al que relegaban a la mujer decimonónica; o por la posición social-política-económica de la señora Pesado, quien gozaba de un amplio privilegio, tanto al interior de sus círculos como fuera de ellos.

Los *Apuntes de viaje*, como todo producto de este tipo, se integran en juegos de transculturación y heterogeneidad propios de la zona de contacto, procesos que no consiguen erradicar ni asimilar la identidad del viajero, pues existe “una *diferencia cultural radial* que no se resuelve en la constitución de un sujeto migrante a la manera de una síntesis de las diferentes experiencias de vida” (Schmidt-Welle 2011a, 177). Por ello, aunque entre el viaje y la publicación medien más de treinta años y una residencia con la misma duración en París—ciudad que se convirtió en el domicilio de la familia Mier y Pesado desde que se instalaron en Europa, en 1872—no desaparece la heterogeneidad de base del discurso, a causa de la extrapolación de la alteridad para condensarla en el universo de sentido propio (véase: Cornejo Polar 2011). Para distinguir las directrices del discurso de la autora, hay que reconocer que la veracruzana mantiene una heterogeneidad doble: por un lado, al trasladar a ese otro europeo a su esquema relacional del centro de México; por otro lado, al incorporarlo a la verdad capitalista conservadora, cuyo estandarte portaba. Isabel Pesado nació en Orizaba, ciudad de un estado costero, en la periferia, vivió casi toda su vida en el centro del país. Se desplazó al puerto de Veracruz cuando se acercaba el momento de emprender el viaje a Europa. Sobre su experiencia, anota:

Al llegar al parador del ferrocarril, el señor Mirón y otro hermano suyo, por recomendación del señor Villa nos esperaban para conducirnos á su casa (ricos comerciantes y amigos de Antonio); allí estuvimos perfectamente alojados y rodeados de atenciones. Sin embargo, como en cada lugar hay diferentes costumbres, cuando entré en la pieza de dormir que me estaba destinada, se me cayeron las alas del corazón al ver la cama sin colchones. Sobre una lona muy tirante, estaban tendidas dos sábanas de lino, finas y blancas y un par de almohadas con encaje. Calculé que me sería imposible dormir y dije á nuestro criado, que averiguase en la servidumbre de la casa, si no los usaban; le contestaron que allí no se conocían y tuve que

⁵ Se recomienda el tratamiento del tema que hace Nara Araújo en su artículo “Verdad, poder y saber: escritura de viajes femenina”.

contentarme en tender mi cuerpo dolorido en aquel límpido catre. Esta costumbre proviene del excesivo calor. (Pesado de Mier 1910, 4)⁶

Desde antes de iniciar la travesía, Pesado se construye como una mujer metropolitana. Su origen veracruzano se ve supeditado en la medida en que se asimilan y defienden las costumbres aprehendidas en la capital, al mismo tiempo, los usos de los ricos de la periferia se resuelven incompatibles con el estilo de vida que ella llevaba. Lo local se coloca por debajo de la máxima ciudadina. El posicionamiento hegemónico de la viajera se refrenda con el uso de “tuve que contentarme en tender mi cuerpo dolorido en aquel límpido catre”, la perífrasis obligativa la coloca en una situación en la que no se abre margen para elegir, el uso del verbo “contentarse” delata el conformismo frente a la escena, el único consuelo en el salvajismo, en la lona que tira “las alas del corazón”, es el estado “límpido” del catre. Algo similar ocurre en su estancia en La Habana, el calor y la costa convienen, de nuevo, en una situación engorrosa para Pesado:

El hotel donde nos dirigimos, estaba distante de la playa y comenzó a llover, afortunadamente se presentó un carruaje que nos condujo á la fonda del Telégrafo, que nos había sido muy recomendada y á la cual tuvimos la mala suerte de llegar cuando las mejores habitaciones estaban tomadas; y por gran favor nos dieron unas piezas sucias y desmanteladas, con unas malas camas sin colchón y almohadas, duras cual piedras, rellenas de una semilla menuda como grano de linaza, que pretende el hostelero ser muy fresca y no calentar la cabeza como la pluma, ó la lana, pues el clima es muy cálido. (Pesado de Mier 1910, 6)

Ahora, la molestia se origina en las almohadas, la temperatura una vez más define las costumbres que no se adecúan a la expectativa de una mujer decimonónica de la alta sociedad. Asimismo, la estructura “por gran favor nos dieron unas piezas sucias y desmanteladas” delata una queja, recurre a la ironía para maximizar la falla al hacer constar que esa forma de cortesía no puede concebirse como un favor, pues no la satisface; también hiperboliza la mala apariencia del lecho. La opulencia buscada se ve aletargada por las condiciones del entorno, la pobreza, la ruralidad y el clima opacan el sueño modernizador de la mexicana. No obstante, la privación no es absoluta cuando se conjuga con la limpieza: “El templo pobre, pero aseado, los fieles devotos, en su mayor parte aldeanos” (Pesado de Mier 1910, 10); “Fuimos á oír misa á la única iglesia católica que hay aquí, pequeña, pero bonita y aseada” (Pesado de Mier 1910, 335). En tanto la suciedad que la viajera asocia a la precariedad se vea enmascarada con la limpieza, con el aseo, no se convierte en algo molesto, que pueda infectar su universo de sentido. El pobre,

⁶ Conservo la ortografía y la puntuación del original, incluyendo lo que consideramos errores (por ejemplo, la separación del verbo y el sustantivo). No marco las fallas debido a que considero que forman parte del estilo de la autora.

mientras se perciba *limpio*, se concibe inofensivo. En contrapunto, se observa la metrópoli europea, París:

En un lando abierto, atravesamos los campos Elíseos, con su arboleda de castaños, sus fuentes y jardines, dirigiéndonos por los bulevares al Grande Hotel, muy renombrado en la ciudad, donde teníamos reservada una buena habitación. Este edificio, bien merece el nombre de grande, ya por su tamaño, como por su belleza [...]. París es una de las primeras ciudades del mundo, con sus magníficos edificios, paseos, calles aseadas, con buen piso y grande animación. / Sus iglesias, teatros y edificios públicos, en su mayor parte, son notables”. (Pesado de Mier 1910, 14)

Se describe como una ciudad “grande”, repleta de “bulevares” y espacios abiertos, la vida cultural también merece aplauso a los ojos de la viajera. La ciudad, núcleo modernizante, se caracteriza como el entorno donde ella puede habitar con comodidad, pasear, participar de las actividades destinadas a los suyos. El espíritu blanqueador de Isabel Pesado se manifiesta en la medida en que penetra en la capital francesa. No obstante, el otro dominio del acaudalado, el que se halla en los Estados Unidos de América, junto con su lujo y su vida nocturna, se puede transformar en un asidero para la desviación, en especial con respecto a las mujeres: “Esas señoras cambian de traje para ir al salón; algunas se presentan muy elegantes, pues la razón principal porque las americanas salen de las ciudades en el verano, á puntos como éstos, Saratoga, New-Porte, Niágara y otros, es por lucir sus galas. Esto da lugar á envidias y murmuraciones, queriendo ser cada una, la mejor ataviada y atraerse todas las miradas” (Pesado de Mier 1910, 539-540). Frente a la degradación de la mujer metropolitana de su estirpe se encuentra la idea del hogar: “Las berlinesas, según me han dicho, son mujeres más para su casa, que para el mundo, buenas esposas y madres, sencillas en sus trajes, no obstante haber almacenes de modas de gusto y lujo” (Pesado de Mier 1910, 289). El recato y la reclusión en el mundo doméstico se perfilan como las actitudes femeninas que salvan de la depravación; la experiencia de la ciudad puede causar estragos si no se le controla con *la virtud*. Isabel Pesado construye sus ojos imperiales como los de una metropolitana capaz de guardar el decoro, pues su fortuna no se traduce en una oportunidad para el exceso, ya que éste difiere de la presunción.

La viajera observa también la religión del otro: “Hay trescientas diez y nueve iglesias [en la ciudad de New York], pertenecientes á las diferentes sectas protestantes (que ni ellos mismos comprenden)” (Pesado de Mier 1910, 515). La ininteligibilidad que identifica en los cultos cristianos diferentes al catolicismo romano se traslada a sus practicantes para construir una hipérbole que desacredita tanto a la institución eclesiástica como al ingenio de sus fieles. En un pasaje paralelo,

en Montreal, muestra su desprecio hacia el mismo grueso cuando la invitan a asistir a su celebración al expresar su piadosa urgencia por escuchar misa:

Nosotros, naturalmente no hemos presenciado este oficio, no obstante habernos dicho mister Scarborough (así se llama el americano que habla español) que bien podemos ir, puesto que el Dios que adoramos, es el que allí se alaba; que algunas veces cuando él, no hallaba templo protestante, entraba á uno católico y oraba, asistiendo á nuestras prácticas con satisfacción. Le contesté que en ese caso él ganaba, pero que en el otro, yo perdía. (Pesado de Mier 1910, 542)⁷

Si bien no rechaza que sea la misma deidad el objeto de culto, sí se percibe un juicio tajante frente a la ceremonia y, en un movimiento metonímico, hacia la institución protestante mediante la comparación, según un sistema de ganancias y pérdidas. “Una compañera de viaje me dijo en el vapor, que era católica, por haberse educado en este convento, y que por medio de sus oraciones, esperaba que sus padres se convirtiesen, como lo habían verificado dos de sus hermanas menores y su hermano mayor: de estos ejemplos se ven diariamente” (Pesado de Mier 1910, 517); Isabel Pesado se encuentra tan segura de la supremacía de su religión, que celebra como ejemplares las conversiones que se asocian a consolidar su modernidad. Viene a complementar el esquema su percepción sobre los judíos: “Este teatro [que antes fue una sinagoga hasta su venta tras construir una más grande], nos dijo, que de día serviría de bazar; estos cambios tan violentos é impropios en los Estados Unidos, se hacen frecuentemente; aquí todo es especulación” (Pesado de Mier 1910, 536). No sólo critica el denominado “pragmatismo norteamericano”, también la supuesta facilidad de los judíos para desprenderse de las locaciones consagradas; se adhiere a un prejuicio. Juzga la intuida incapacidad para mantener los monolitos intocables, ejemplificada en la profanación de un lugar dedicado al culto. La actitud hegemónica del catolicismo como verdadera religión, garantía de progreso y de fijeza de sus valores idealizados, se identifica como rasgo prominente en la veracruzana. Podría argumentarse, incluso, que la visión católica de Pesado corresponde a la que se conjuga de manera exitosa con el capitalismo. Considero que esta visión se distingue por surgir en torno a la máxima de herencia del Reino por parte de los pobres, aludidos en las bienaventuranzas recogidas por los evangelistas Lucas y Mateo. La postura obliga a proponer la pobreza como un estado afín a la gracia, lo que permite que el capitalista explote de manera libre, incluso justificada, los recursos. A esta comprensión, se oponen las propuestas del Concilio Vaticano II, que buscó abrir la religión, de ahí que muchos de sus adeptos y los teólogos de la liberación recibieran el mote de “católicos comunistas”.

⁷ Por el itinerario del viaje, entiendo que se refiere a la ciudad de Montreal, en el condado de Iron de Wisconsin.

A la otredad que se impone a la mujer acaudalada que desea ser mirada en Montreal, se suma la mirada imperial sobre la mujer que realiza actividades en soledad. En Madrid, apunta: “Volviendo a la libertad que aquí usan las mujeres [se refiere sobre todo a pasear solas y disponer de su dinero], hasta de la mejor sociedad, tan contraria á nuestras costumbres, me causó gran admiración los primeros días, pero nunca envidia, debido quizá a que soy muy miedosa” (Pesado de Mier 1910, 114). En este pequeño fragmento, encuentro en primer sitio un juicio sumario a la libertad femenina que se acostumbra en la región, a lo largo del texto se trabaja con la tensión de que la tradición propia siempre será la mejor, por ende, existe una opinión demoledora hacia el uso referido; en segundo lugar, se vuelve evidente que la soledad de la mujer—en sí misma una falta—se asocia al otro que no se encuentra dentro de “la mejor sociedad”. A ojos de la señora Pesado de Mier, el precario, el pobre, el que no pertenece a su clase social, se distingue como la piedra angular que acarrea la degradación común. Bajo esta lente, debe observarse el siguiente fragmento: “Esas mujeres son medio varoniles; están en perpetuo movimiento é infatigables, tratándose de paseos; nada les importa el sol ni el agua” (Pesado de Mier 1910, 541). La mujer que sale de su casa—quizá por coincidencia norteamericana—que habita el espacio público sin *cautela*, que se apropia de los sitios compartidos, se asemeja al varón, una aberración dentro del esquema de valores de la autora, la mujer también le es un otro. La veracruzana se filia a las dinámicas patriarcales imperantes en la época.

Las mujeres, tanto rurales como metropolitanas, se hallan en el campo visual de la autora, sin embargo, esto no ocurre con los hombres. Los de su estatus permanecen ocultos—salvo por su esposo Antonio y el papa Pío IX, cuyo papel en el relato discutiré en la siguiente sección—los campesinos sí tienen un rol: “Los hombres del pueblo llevan camisa, pantalón y chaqueta de un género de lana azul oscuro, y una montera del mismo color, ó roja, caída hacia atrás, con una borla en la punta. Algunos andan descalzos” (Pesado de Mier 1910, 28). El habitante del interior, el trabajador de la tierra irredenta que causa hastío a la veracruzana por sus fallas frente a la modernidad globalizante, puede ser visto, referido, contemplado; también el que pertenece a la servidumbre: “Al volver al hotel, encontramos cinco negros que conducían del diestro otros tantos caballos retintos y un paje blanco, con un caballo tórrido quemado” (Pesado de Mier 1910, 55). A estos dos, se suma el que ha sufrido alguna situación que deslava su cualidad de hombre ideal, lleno de vigor y masculinidad: “En la calle, nos encontramos un cojito, que todas las tardes corría apoyado en su muleta, con destreza increíble, frente al hotel, jugando y pidiendo limosna” (Pesado de Mier 1910, 60). El trazo finaliza con el otro judío:

“los hombres llevan un levitón que casi toca al suelo, el cabello cortado á cepillo detrás de la cabeza y delante una mecha que rizan en forma de tirabuzón, cayendo sobre la cara y una gorra de paño, terciopelo, ó pieles, de la clase más inferior y casi siempre sucios” (Pesado de Mier 1910, 291). El ojo de la *emperatriz* se posa sobre ellos y los convierte en material textual porque en las dinámicas relacionales, de matriz vertical, que sirven como vector a los *Apuntes de viaje* se encuentran en una posición inferior a Pesado, la mujer de clase alta consigue dominar la escena si hay lisiados, *paganos*, servidumbre o pobres, aunque sean varones. Las mujeres de su estatus se hallan en su campo visual porque comparten posición horizontal; no ocurre lo mismo con los hombres.

Abundan verticalidades: la otredad insalvable

Que los hombres de su clase o superior no se describan en el texto, no habla de que sean iguales a Isabel Pesado de Mier, sino del abismo que se dibuja sobre la cabeza de la mujer adinerada que suele mirar como ombligo en tierra, quien al acercarse peligrosamente al otro pobre debe marcar distancia: “Comimos en el comedor [un lugar abierto donde convivían personas de diversos orígenes], pero en mesa particular” (Pesado de Mier 1910, 30), la adversativa marca la diferencia, el contraste, la mujer refrenda su posición y poder adquisitivo al hacerse de una “mesa particular”. La verticalidad se afianza como núcleo discursivo de la obra, sin embargo, a ésta—que hasta ahora comprende la religión, el poder adquisitivo, la moral—se debe sumar un factor: la raza. Al entablar contacto con personas negras bien ataviadas en un hotel de Brest, refiere: “Preguntamos á la directora del establecimiento (mujer extraordinariamente gruesa) qué clase de personas eran aquellas, temiendo que fuese la servidumbre del hotel. Ella contestó con satisfacción, que era una distinguida y rica familia del Brasil, que había llegado por la mañana” (Pesado de Mier 1910, 509). Se observa que el color de la piel para la autora se traduce en un elemento de discriminación para negar la membresía a alguien de la clase a la que pertenecía y, con ello, apartarlo del cuidado ofrecido por el grupo. Resulta natural, entonces, su fascinación por las jerarquías infranqueables, quizá más evidente en su experiencia en New York, Estados Unidos:

Aquí no hay nobleza, pero los ricos, que son los que se miran como si pudieran formarla, viven de distinta manera que los otros, no sólo en las comodidades que les pueda proporcionar su riqueza, sino en ocupar siempre un lugar preferente en todo, pues por más que se quiera, nunca llegarán á nivelar las clases de la sociedad que se dividen por sí solas. Hasta en el cielo hay jerarquías y Dios es el que reina, que es bondad, sabiduría y justicia infinita. Dios es Rey de reyes y no ha tenido á bien, llamarse presidente, ni convertir su reino en república. Razón por la cual es

preferible lo que Dios ha hecho, á lo que los hombres por su ambición quieren hacer. (Pesado de Mier 1910, 582)

Pesado privilegia una organización monárquica frente al intento de los demócratas norteamericanos por crear una sociedad con acceso universal a la ciudadanía y un valor intrínseco igual para todos sus pobladores. La *Declaration of Independence* reza “We hold these Truths to be self-evident, that all Men are created equal, that they are endowed by their Creator with certain unalienable Rights, that among these are Life, Liberty, and the Pursuit of Happiness” (Adams y Jefferson 1776), donde los Padres Fundadores optaron por una creación universal e igualitaria. Pesado opone a ésta la reproducción de un sistema cuya genealogía se rastrea a la divinidad, motivo por el cual se le prefiere en cualquier contexto, otra manera conviene en una ofensa a la naturaleza. No se acerca al otro porque hacerlo atentaría contra el orden del creador, equivaldría a blasfemia. Que la doctrina de los estadounidenses resulte incompatible con su visión de mundo, sustentada en el orden jerárquico, explica que portara con orgullo el ducado heredado de su marido y otorgado por el papa Pío IX. A ello hay que sumar que, en comparación con otros viajeros latinoamericanos en Estados Unidos, “la única que toma una actitud de desagrado frente al igualitarismo social norteamericano es una duquesa, Isabel Pesado de Mier; le molesta que los choferes de Nueva York la tuteen como si fuera su igual” (Lerner 1993, 45). Por ende, podría afirmarse que el ducado de Mier se tradujo en una herramienta para probar la superioridad a la que Isabel Pesado se afanaba, aunque se tratara de una conseguida a través del capital, de la burguesía, no de la sangre ni de la nobleza.

Ahora bien, como argumenté arriba, el otro varón de su clase social escapa a los ojos de la *emperatriz*, en la mayoría de las ocasiones. Conviene revisar un ejemplo al respecto: “Yo me sentía feliz y enternecida; no se puede ver con indiferencia á este venerable Santo representante de Dios en la tierra [habla del papa Pío IX] y que por esta razón debería estar colmado de respeto y atención; encontrarse ahora lleno de pesares” (Pesado de Mier 1910, 214). El hombre más alto en su escala de valores se describe etéreo, casi intangible por su cercanía con la divinidad católica, guarda un poder sanador e inspira piedad, al tiempo que emula emoción en la mexicana que lo escuchó en una audiencia en el Vaticano. La viajera afirma que “debería estar colmado de respeto y atención”, lo coloca en una posición tan alta que sólo se puede entablar relación mediante la veneración. El hombre más poderoso, según la tradición romana, elude el juicio de su mirada esencialista y se proyecta tras un velo de otredad insalvable.

Además de Pío IX, hay otro hombre en la vida de esta mujer: su marido, quien aparece en la narración en la medida que, por su causa, se modifican los planes del recorrido: “Antonio amaneció indispuerto y no quiso salir; yo, á sus instancias, di un corto paseo por los portales de la plaza de San Marcos” (Pesado de Mier 1910, 243), casi siempre por motivos de enfermedad. No obstante, hay una tensión entre el marido enfermizo y el que recibe un nombramiento oficial en el marco del jubileo de la reina Victoria: “En 1897 el gobierno de México nombró á Antonio, su representante en el Jubileo de la Reina Victoria I (nació en Londres en 1819 y murió 1901)” (Pesado de Mier 1910, 616). De igual forma, se observa un Antonio brillante: “El conde, además de su talento natural, ha leído mucho y como Antonio, todo lo retiene su prodigiosa memoria: los dos hacen excelente amistad” (Pesado de Mier 1910, 443). La curiosa combinación de semas, enfermedad/éxito, debe considerarse de manera simultánea en dos sentidos. Por un lado, referir el padecimiento podría deberse a que se trata de una circunstancia doméstica propia de las literaturas femeninas de la época, la única vía para representar al hombre se da mediante su incidencia en el espacio del hogar, que se manifiesta en lo tocante a su salud. Por otro lado, nunca se hace un retrato de Antonio de Mier, sus participaciones son breves, aunque definitorias porque marcan el rumbo que el matrimonio ha de seguir, permanece distante, como si careciera de un cuerpo material—sólo sabemos que lo tenía por sus achaques. Resulta interesante reflexionar sobre el siguiente pasaje:

Al salir de Milán y al entrar al tren, estaban allí instalados una bonita joven con un señor que parecía su padre: eran unos italianos y en su porte revelaban su distinción; yo me puse á leer, la joven y el señor me imitaron. Antonio dormía; después de algún tiempo de silencio y que éste despertó, se entabló la conversación y al decir que éramos mejicanos nos hicieron mil preguntas sobre el país, su gobierno, sus costumbres, agricultura, etc., etc. Después la conversación se aumentó y animó por un militar que se agregó en Bolonia. (Pesado de Mier 1910, 200-201)

El fragmento resulta curioso. La escena se inaugura con una mujer que se describe incapaz de entablar una conversación con los otros—incluso si pertenecen a su clase, gente que “en su porte revelaban su distinción”—los evita, aun cuando le causan curiosidad, prefiere leer un libro a hablarles, deviene un silencio. Luego, en medio de la ausencia de palabras, despierta el marido que consigue relacionarse con estos otros. A través de él, Isabel Pesado entabla una comunicación efectiva con las personas que la rodean. El rol de Antonio no se limita a modificar los planes o a ser objeto de padecimientos y accidentes, también conviene en el puente que permite el contacto de Isabel con el mundo, aquél que desdobra la frontera de lo doméstico y brinda margen a la escritora para separarse de lo privado, para

desempeñarse en el espacio público. De esta suerte, a los *Apuntes de viaje* hay que sumar un vector machista-patriarcal que domina la escritura y la relación con el otro. El varón de su estatus participa de la narración en la lejanía, desde un privilegio inamovible que sólo puede eludirse cuando ingresa al terreno de lo doméstico, cuando precisa de un canto laudatorio, elementos que identifican una otredad absoluta, impenetrable y quizás incomprensible.

Conclusión

Ottmar Ette escribió que la literatura de viajes se afianza en la “violencia destructora de la modernidad europea desde la conquista”, la cual “es consecuencia y condición de aquellos sueños proyectados sobre América” (2001, 99). Si bien comparto la idea, considero que puede ampliarse, como lo demuestran los *Apuntes de viaje*. Los ojos imperiales trascienden el noreste europeo—con respecto a los límites físicos solamente—porque corresponden a la visión modernizadora del capital europeizante que no se limita a trazar planes sobre el espacio colonial, sino sobre los lugares que han resistido el impulso teleológico, entre ellos, muchos en el Occidente rural, pagano, según las consideraciones de la autora. De esto se desprende que los ojos de la *emperatriz*, la duquesa Isabel Pesado de Mier, establezcan la relación con el otro según las jerarquías sociales, políticas y económicas que ella defiende. La verticalidad domina. Así, las dinámicas de alteridad se emprenden según vectores relativos al poder adquisitivo, la religión verdadera—en este caso, el catolicismo—el patriarcado, la raza, el eurocentrismo, la globalización y la feminidad doméstica como la realización apreciable de la mujer. Cualquiera fuera del restringido esquema axiológico de la señora Pesado conviene en el otro, al que hay que juzgar y combatir desde el universo de sentido, describir en su precariedad para retirarlo de las dinámicas de cuidado y transformarlo de acuerdo con la agenda del impulso totalizador de la modernidad capitalista europea, verdad absoluta a la que se filia la autora. Aunque la lógica difiere al tratarse del otro varón de su posición, en ese caso, la distancia es tan grande que sólo puede cuando éste invade el espacio doméstico o debe reconocerse su mérito. El hombre acaudalado se percibe como otro superior, colocado en una verticalidad inaccesible.

La literatura de viajes, al perfilarse como un discurso que genera conocimiento, nos permite reconocer el carácter del viajero. Su forma de comprender la realidad empírica según su representación de esferas relacionales, en este caso, corresponde a una mujer mexicana del ala conservadora monárquica, obsesionada con la configuración de una sociedad piramidal, en la que cualquier cosa fuera de su estricto régimen moral resulta inadmisibles. No obstante, vale la

pena señalar que esta lectura sobre los *Relatos de viaje* no pretende desacreditar ni a la obra ni a la autora, al contrario, se esfuerza por mirar más allá de la operación de rescatar un texto poco leído, al reconocer sus implicaciones en la construcción de discursos hegemónicos que aletargan la disminución en las brechas entre *ciudadanos del mundo*. Las operaciones de recuperación de autores muchas veces caen en la complacencia y la apología en aras de consolidar a los olvidados. Esta modalidad crítica, cuando se carece de análisis textual o éste se perfila como una herramienta más laudatoria que exegética, se transforma en un ejercicio vacío y sin sentido. El rescate de las escritoras olvidadas por la historia puede restringirse a rastrear un documento y exhibirlo en aras de ampliar el repertorio de cierta época o geografía, además de señalar los vacíos en el sistema literario. Sin embargo, opto por aplicar un ejercicio interpretativo que sí rescate, aunque sin comprometer el peso del ejercicio hermenéutico. Que una obra sea periférica—en el caso de los *Apuntes de viaje*—la periferia es doble: por un lado, se trata de un texto escrito por una mujer en un tiempo en que la actividad escritural se hallaba dominada por los hombres. Por otro lado, la crónica, como género, no se encuentra en el centro del sistema literario—no garantiza que la *verdad* de su discurso comparta la marginalidad—cosa que ocurre en la narración tratada. La visión de Isabel Pesado corresponde a la comprensión de mundo de una mujer acaudalada, metropolitana, centralista, de ahí la facilidad para imprimir sus ojos de *emperatriz* sobre aquellos con quienes compartió la zona de contacto; dinámicas impregnadas por la heterogeneidad. Finalmente, estos ojos no son exclusivos del *ciudadano europeo*, los puede ostentar cualquiera que goce de la *ciudadanía cultural del capitalista*, lo que no resulta sorprendente al pensar que Pesado procuraba el sistema axiológico de Europa occidental.

Obras Citadas

- Adams, John & Thomas Jefferson. 1776. *United States Declaration of Independence*. Philadelphia: John Dunlap.
- Araújo, Nara. 2008. “Verdad, poder y saber: escritura de viajes femenina”. *Estudios feministas* 16 (3): 1009-1029.
- Asensi Pérez, Manuel. 2011. *Crítica y sabotaje*. Madrid: Anthropos.
- Cornejo Polar, Antonio. 2011. *Escribir en el aire. Ensayos sobre la heterogeneidad socio-cultural en las literaturas andinas*. Lima: Latinoamericana editores.

- España Paredes, Romina. 2011. "Heterogeneidad en la literatura de viaje latinoamericana. El caso de Justo Sierra O'Reilly". En *Multiculturalismo, transculturación, heterogeneidad, poscolonialismo. Hacia una crítica de la interculturalidad*, coordinado por Friedhelm Schmidt-Welle. Ciudad de México: Herder, 109-133.
- Ette, Ottmar. 2001. *Literatura de viaje. De Humboldt a Baudrillard*, traducido por Antonio Ángel Delgado. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras y Universidad Nacional Autónoma de México.
- Lerner, Victoria. 1993. "Dos generaciones de viajeros mexicanos del siglo XIX frente a los Estados Unidos". *Revista relaciones. Estudios de historia y sociedad pública* XIV (55): 42-72.
- Mohssine, Assia. 2014. "Apuntes de viaje d'Isabel Pesado de Mier. Entre écriture du deuil et écriture du monde". *Sociocriticism* XXIV (1&2): 277-95.
- Pesado de Mier, Isabel. 1910. *Apuntes de viaje de México á Europa. En los años de 1870-1871 y 1872*. París: Garnier Hermanos Libreros-Editores.
- Pratt, Mary Louise. 2010. *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, traducido por Ofelia Castillo. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Revuelta González, Manuel. 2001. "Finanzas y poesía: México y Palencia a través de la familia Mier y Pesado". *Publicaciones de Institución Tello Téllez de Meneses*, 72: 5-42.
- Schmidt-Welle, Friedhelm. 2011a. "Heterogeneidad cultural, construcción del sujeto migrante y poscolonialismo". En *Multiculturalismo, transculturación, heterogeneidad, poscolonialismo. Hacia una crítica de la interculturalidad*, coordinado por Friedhelm Schmidt-Welle. Ciudad de México: Herder, 171-183.
- _____. 2011b. "Transculturación, heterogeneidad y ciudadanía cultural. Algunas consideraciones". En *Multiculturalismo, transculturación, heterogeneidad, poscolonialismo. Hacia una crítica de la interculturalidad*, coordinado por Friedhelm Schmidt-Welle. Ciudad de México: Herder, 41-60.
- Siskind, Mariano. 2016. *Deseos cosmopolitas. Modernidad global y literatura mundial en América Latina*, traducido por Lilia Mosconi. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.